

3. **Ahora, pídele ayuda,**
confianza, apoyo,
justicia, ánimo,
perdón, presencia,
consuelo, futuro...
(lo que tú creas que necesitas)

No corras, súplica insistentemente
(pero **dejando silencios** ante Dios entre tus palabras)

4. **Por último, reza esta oración despacio:**
(versión muy libre de un soneto de G. M. Hopkins)

Tú eres justo, Señor, lo sé
y sin embargo...
Aunque discuta contigo, aunque te acuse, aunque me queje;
Señor, tú eres justo,
pero también son justas mis quejas.
¿Por qué Señor? Escucho tu silencio
y vuelvo a preguntarte, a preguntarme,
y tú vuelves a abrazarme con tu silencio.

Podrías cerrarme la boca,
pero entonces ¿dónde iría?
Te callas para que pueda desahogar mi dolor
y vuelves a abrazarme en tu silencio.

Veo brotes de vida y desconfío,
porque habita en mi interior la herida del dolor;
y me vuelvo otra vez a ti
aunque me quejo, vuelvo a ti
que me abrazas con tu silencio.

¿Dónde encontraré un cobijo que me sane?
Me vuelvo a ti y me quejo (y lucho contra ti),
y espero que un día termines por vencerme
y alumbres un venero de agua fresca
en las heridas que me ahogan con su sed.

Luchar con Dios hasta que nos venza

La vida no es fácil.

Todos tenemos momentos en que somos heridos y a veces la herida es profunda y no cicatriza bien. En ocasiones queda abierta en nuestro interior creando un permanente manantial de queja, de llanto, de rencor... que afecta a todo lo que hacemos, aunque no lo sepamos.

Además suele alejarnos de Dios pues secretamente le acusamos, o hace que no terminemos de confiar en Él, o simplemente no le relacionamos con esas situaciones que no entran en nuestro espacio religioso.

Pero Dios viene y se presta a la lucha para que podamos desahogar la rabia hasta agotarnos en su amor (que habitualmente no se percibe al inicio). Sólo la lucha (incluso de palabras fuertes) puede darle la oportunidad de bendecirnos. Sólo siendo delante de Él lo que somos puede ser Él para nosotros lo que es, pura bendición. Esto es de lo que se trata en esta oración.



Prepara tu oración

- Colócate en una posición cómoda
- Respira despacio y profundamente durante unos momentos
- Luego ponte en presencia de Dios y repite ante Él alguna de estas palabras (sólo una) al ritmo de la respiración:
Señor – Estás – Ven – Estoy.
- Y pide el don de la confianza para ti y para los que rezan a tu lado.

1.

Lee la historia de Jacob al pasar el vado de Yaboc.

Todo se produce cuando Jacob debe encontrarse con su hermano al que engañó para robar su primogenitura.

Esa *noche* el *miedo* lo paraliza *a un lado* del río, *solo*.

Parece que lo vivido impide el futuro. Es en este momento cuando se produce la lucha con el ángel del Señor que termina vencién-dole y haciendo que avance hacia un futuro que él no esperaba, en el que no confiaba.

En aquellos días, todavía de noche, se levantó Jacob, tomó a las dos mujeres, las dos siervas y los once hijos y cruzó el vado de Yaboc; pasó con ellos el torrente e hizo pasar cuanto poseía. Y él se quedó sólo.

Un hombre luchó con él hasta la aurora; y viendo que no le podía, le tocó la articulación del muslo, y se la dejó tiesa mientras peleaba con él.

Y el hombre le dijo: *Suéltame, que llega la aurora.*

Respondió: *No te soltaré hasta que no me bendigas.*

Y le preguntó: *¿Cómo te llamas?*

Contestó: *Jacob.*

Le replicó: *Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con dioses y con hombres y has podido.*

Jacob, a su vez, preguntó: *Dime tu nombre.*

Respondió: *¿Por qué me preguntas como me llamo? Y le bendijo.*

Jacob llamó a aquel lugar Penuel, diciendo: *He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo.* Cuando atravesaba Penuel salía el sol, y él iba cojeando.

(Gn 32, 23-32)

→ Antes de seguir, dirígete a Dios y repite en tu interior:

*Señor, tu bendijiste a Jacob
y yo hoy quiero confiar en ti.*

2.



Entra en tu interior
y camina (con confianza,
-estás acompañado-)
hasta el pozo de tus lágrimas interiores,
de tu amargor,
de tu tristeza,
de tu queja,
de tu resentimiento.
Búscalo.

Puede ser un hecho de hoy,
de hace unos días
o unos meses
o de hace años...
pero que se ha instalado en ti como una realidad insana.

Puede ser algo que te sucedió,
algo que te hicieron o que hiciste tú,...
(Tampoco tiene por qué ser especial)
puede ser... **lo que realmente sea en ti** (esto es lo importante)

Cuando lo tengas localizado (sólo entonces)
deja que fluyan tus sentimientos, tus palabras,
tus emociones hacia Dios.

Despacio, intercalando silencios.

Exprésate describiendo lo que sientes, cuéntaselo...
No te importe decirle todo lo que sientes. Sé tú mismo ante él.